

# EL SALAMANQUINO

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este periódico, al cual se suscribe en Salamanca á 4 rs. al mes en las librerías de *D. Juan José Moran y D. Domingo Blanco*, y 5 rs. fuera franco de porte en las principales del reino, se publicará una vez cada semana.

## Continúa el discurso sobre las legislaciones comparadas inserto en los números anteriores.

La religion era la ley en Egipto, y reinaba sobre los pueblos como un dogma sagrado escrito por la ciencia sacerdotal. El poder ejecutivo estaba subordinado á la ley, como lo está el brazo á la cabeza, sin que pudiese adquirir preferencia sobre aquella, hasta el dia en que se vió á los reyes rebelarse contra la teocracia. La justicia se revestia de toda la pompa de la religion; aplicábanla treinta sacerdotes sacados de Heliópolis, Tebas y Menfis, y estos elegian su presidente, que llevaba al cuello, pendiente de una cadena de oro, la imágen de la verdad. Abriáanse los libros de la ley, el demandante ó acusador presentaba su queja por escrito, contestaba á ella del mismo modo el demandado, replicaba el acusador, volvía á defenderse el acusado, y despues de deliberar los jueces, el presidente tocaba con la figura de la verdad al litigante que vencía. La sentencia se daba así simbólicamente, sin frases ni razones, escusándose en todo discursos y oradores, y bastando la escritura vulgar, pues la sagrada se reservaba para las leyes. ¿Cómo, pues, discutir esta sentencia, cómo no respetarla al par de la verdad cuya imágen estaba presente? Pero no se contentaba con esto la justicia, que aun alcanzaba al hombre despues de su muerte. Cuarenta jueces se sentaban en semicírculo á la estremidad de un lago, en que remaba un barquero llamado Caron, destinado á trasladar los cuerpos abandonados por la vida terrestre; empero antes todos podian acusar al muerto. Se discutía la acusacion; si triunfaba, los jueces negaban la sepultura, si era vencida, los parientes en el arrebató de su alegría se desnudaban de los vestidos de luto, y entonaban con trasporte la oracion fúnebre del difun-

to. Ni aun los reyes se escapaban de este juicio, y sucedió á veces que el grito de la indignacion popular rechazó á reales despojos de las tumbas que los aguardaban. Estender de esta manera sobre todas las cabezas la igualdad de la ley era el espíritu de la teocracia; por eso no conocian los egipcios las diferencias aristocráticas de la sangre, ó por mejor decir, todos se creian nobles, y con razon, porque todos los hombres lo son y deben hacer valer sus títulos de nobleza. La educacion se distribuía á los sacerdotes, guerreros, labradores, pastores y artesanos; pero la grande instruccion se reservaba para los sacerdotes, que estudiaban la teología, la medicina, la moral, la geometría, la historia y la astronomía. Heliópolis era, segun Herodoto, la metrópoli de la ciencia egipcia. Á los guerreros se les daba sobre estas mismas cosas una tintura mas ligera, y se les adiestraba ademas en el manejo de las armas, caballos y carros, por lo que eran afamados en la Grecia. La educacion de los labradores, pastores y artesanos era especial, pues no se perdía en ella de vista su profesion, que no estaba en su mano abandonar. El alimento de los niños de las clases populares era de yerbas y legumbres poco delicadas; andaban desnudos hasta los quince años, y su manutencion hasta este tiempo costaba muy poco mas de veinte dracmas.

La estension, la profundidad, el misterio y la inmovilidad, eran los caracteres de la teocracia egipcia. Aquella tierra estaba empapada en emanaciones divinas y poblada de representaciones de Dios; pero Bossuet se engañó en decir que todo en Egipto era Dios menos Dios mismo; no es así, habia en él una porcion de dioses, y por cima de todos ellos un Dios. Profundamente melancólica la imaginacion del Egipto, se figuraba las almas sujetas á emigraciones sucesivas; llamaba hospederías



á las habitaciones de los vivos, pero los sepulcros eran moradas eternas; y unas tradiciones tan antiguas como el mundo, símbolos innumerables encubrían la filosofía cuyos resplandores solo iluminaban á algunos iniciados. La verdad se ocultaba magestuosamente tras del misterio, dominando este los ánimos con el poder de su terror y sus encantos; todo lo demás era inmóvil, hasta el tiempo parece que renunciaba algun tanto su inestabilidad, y consentía en dejar su inmovilidad á los hombres y las cosas, para ofrecerlos mejor por ejemplo al resto de la tierra. Pirámide de estendida base, infinita por su profundidad, misteriosa por sus sepulcros, rasgando los cielos con una aguja inmóvil, hé aqui lo que es el Egipto en la historia; tierra iniciadora y nodriza de la humanidad, fecunda en cosechas y en ideas, donde el pensamiento se encierra bajo el símbolo, donde un velo se estiende sobre la naturaleza, donde la esfinge ocupa la puerta del templo.

La unidad de Dios, que no debía quedar relegada en Tebas y Menfis, fue trasportada con la raza de Heber por Moisés, que robó así á los egipcios no solo sus vasos sagrados, sino sus ideas. La teocracia hebraica descansa en un hombre, y no pudo ser eterna en el pueblo que este hombre fundó: la ley encarna en Moisés, y Moisés constituye el pueblo: para él fue y lo hizo todo; le saca de Egipto, le enseña á Dios, le da ley, culto, justicia y gobierno; es general, profeta, médico, poeta y fuerte director de hombres; es paciente, impetuoso, dulce, cruel, pensador, inspirado, no tiene igual en medio de su pueblo; le bendice antes de espirar, y cantando á Jeová muere el hombre de más vida de la humanidad. Continuos trastornos agitaron aquella nacion tan penosamente reducida á la unidad divina, no conoció el reposo y bien puede decirse que el pueblo judío ha sido el judío errante. No viviendo en la historia para sí, sino para nosotros, su destino ha sido el de transmitirnos á costa de mil trabajos la unidad de Dios y la fraternidad de los hombres.

El cristianismo es la idea pura alzada al grado de pasión; heredó del Egipto y de la Judea tres principios, la unidad de Dios, la igualdad fraternal de los hombres, y la inmortalidad del alma: los desenvolvió de un modo nuevo, é inspiró á los hombres el aliento de morir en su defensa. ¿Cómo de este apasionado idealismo brotó una teocracia nueva? Esta es una investigación curiosa.

Las costumbres de los bárbaros eran independientes, duras, diversas entre sí, poco inclinadas á la uniformidad de las reglas religiosas, y muy propensas á desfigurar el cristianismo con irregulares ceremonias; al par de ellas caminaban las opiniones, y los artículos de fe recibían muy diversos comentarios. Este conflicto de ideas y costumbres reclamaba la concepcion y el establecimiento de una unidad moral, por eso nada hubo mas natural y mas grande que la elevacion sucesiva del papado. ¡Pero qué problema tan grave! Fundar y sostener en Europa una magistratura espiritual que acerca de las cosas divinas tuviese dominio sobre los bárbaros y los doctores, sobre los reyes y sacerdotes, que reprimiese las licencias de la feudalidad y los estravíos de la teología, que procurase una dominacion mística á la unidad; este debía ser el legítimo anhelo de los sacerdotes que se sucedieron en el Vaticano. La ejecucion lo trastornó todo; sin contentarse con el imperio espiritual se aspiró al político, y aquella teocracia por su naturaleza tan espiritual y pura, se rebajó hasta el extremo de suponer documentos para adquirir propiedades; las pasiones se embravecieron, el genio, la audacia, la licencia, la intriga, la ambicion, la perfidia se combinaron de mil maneras, y el mundo asistió á la representacion de grandes comedias. El papado romano fue una magnífica tentativa que vencieron á la vez los obstáculos que encontró, la independencia del nacionalismo y de las costumbres, la libertad de las opiniones y del espíritu humano, sus propios errores, sus pretensiones falsas, sus ambiciones indignas, las rebeliones intestinas de sus mismos hijos y el poder de las ideas que han honrado al genio moderno. Además esta teocracia tenía que luchar con la representacion democrática de los concilios; en ellos se discutió todo lo que en el siglo IV podia interesar á la humanidad; la fe y la razon pelearon, pues se habia dado en creerlas enemigas, y si el triunfo quedó por la fe fue con débil mayoría. Los romanos, al revés de los griegos, temían los concilios; convocáronse irregularmente, y siempre contestando sus prerogativas, disputándoles siempre la soberanía, porque acaso los papas presentían que esos parlamentos, esas convenciones del cristianismo llegarían algun dia á arrancarles la tiara. ¿Dónde estan en resumen los resultados de la teocracia romana? Su legislacion tuvo poco poder; se contentó con arreglar las relaciones civiles é in-

tereses temporales del clero, y aun esto sirviéndose del derecho romano cuyas formas imitó, pero en nada cambió las ideas y las costumbres de la Europa; menos eficaz en esto que la filosofía moderna, rigió la educación del clero pero no la de los legos, y el mediano auxilio de los jesuitas llegó con este fin muy tarde. ¿Qué es, pues, lo que ha hecho la teocracia romana? Ha hecho el sacerdote, ha divorciado al ministro de la iglesia de los afectuosos lazos de la familia, dejando solo para su corazón el amor del género humano; le hizo el hombre del papa, de la iglesia, de Dios, y le marcó con un signo indeleble que le hace solitario y sagrado en medio de sus semejantes.

El genio de la teocracia es poner á Dios en las cosas humanas; es grande, afecta las sublimidades de la especulación y del pensamiento y exige del hombre un penoso esfuerzo para levantarse al cielo: ella ha abierto la historia del mundo, le ha cobijado, y ha trabajado por ahogar en él la libertad, pero esta, mas poderosa, encadenó á la teocracia sobre el altar, salió del templo y se mostró á los hombres.

### VIII.

La idea que sirve de base á la monarquía es menos general que la teocracia, pues tratando de imitar las formas de la familia y reflejando algo su imagen aun en los imperios mas poderosos, limitó su objeto á arraigar en las sociedades la unidad política y establecer un poder ejecutivo permanente, perpetuo y soberano. Apenas se conoce el interior de las monarquías asiáticas, pero sin embargo se distinguen confundidos en una misma mano el poder ejecutivo, la justicia y la educación, y el despotismo, absoluto como principio, solo se elude por la inevitable libertad de las costumbres. Luego que los griegos se pusieron en relación con el Asia á causa de sus triunfos, escribieron acerca de sus enemigos, pero regalándoles por lo regular sus opiniones é ideas; asi es que Herodoto hace disertar á Otanes, Megambyses y Darío acerca de los méritos de la democracia, oligarquía, y monarquía, viciando la sencillez de su relación con ciertas pretensiones de sofista, que no le asientan muy bien. La Grecia, con sus repúblicas ardientes tan aparejadas á la guerra como á la libertad, que vuelan al combate y á la muerte con un entusiasmo juvenil, venció las invasiones del Asia, y osó despues llevar hasta ella la conquista refundiéndose en las formas de la fa-

lange y monarquía macedonia, á cuyo frente habia Dios puesto á Alejandro. Roma no tuvo un dia de fiesta sin un rey vencido, y los del Asia reputábanse muy dichosos en adular á aquellos patricios y demócratas, hasta que sujetándose la misma Roma, no á un rey, sino á un emperador, se convirtió en una monarquía monstruosa, sin proporción, sin formas, con una esclavitud y un desprecio de la naturaleza humana superior á todo lo conocido.

Cuando las razas modernas inauguraron las nuevas sociedades, salió del feudo la forma monárquica. El trono feudal se alzó muy en breve en Francia á un punto mas inteligente y sistemático que le engrandeció entre los estados europeos; hizose la unidad social en la acción y en el pensamiento, hizose el manantial y la ejecución de toda soberanía; el rey era la ley. Á esto debe atribuirse la elevación que tuvo la Francia; nunca tuvo el principio del derecho un representante mejor obedecido, porque el antiguo poder que tenia un carácter místico y sagrado, se apoyó en la fe de los pueblos desde Felipe Augusto hasta Luis XIV; pero amaneció un dia en que la sociedad fue mas inteligente que la monarquía, y el cetro se trasladó del rey al pueblo.

Mientras que Luis XV preparaba con Mme. de Pompadour los funerales de su dinastía, reservándose solo el no asistir á ellos, se cimentaba en el Norte una monarquía nueva, despótica, militar, democrática, que aceptaba á Voltaire despues de haber seguido á Lutero, que recibia la vida, la gloria y por decirlo asi la antigüedad de Federico, uno de esos hombres extraordinarios que Dios emplea para fundar los imperios. La monarquía prusiana se destinó para representar en Europa el genio del protestantismo y del racionalismo germánico.

Al tiempo que Napoleon concluía su carrera, una parte de la Europa se dedicó en medio de la paz á copiar las formas de la constitución inglesa. Las monarquías constitucionales de Francia, Baviera, Stuttgart, Lisboa, Madrid, Cassel, Dresde, Carlsruhe, Darmstadt y Hannover espresan un término medio entre los irregulares establecimientos de la edad media y las teorías generales que medita y sazona el espíritu moderno. La piedra fundamental de esta transacción son los intereses positivos, el dinero es el que ha asociado los pueblos al poder legislativo: con este remedio han conservado las aristocracias sus preeminencias, y los

tronos la iniciativa de ese poder que han consentido en partir. Las monarquías del siglo XIX son un resultado natural del estado de la Europa, y tan insensato es juzgarlos una violación ilegítima de la antigüedad, como considerarlos modelo perfecto y definitivo de la sociabilidad moderna; su origen está en las costumbres, usos é instintos de la edad media; su carácter es una mezcla de lo pasado y lo presente, con preferencia á lo pasado, y su ley es gravitar hácia una cosa mas general y filosófica.

### IX.

Siempre han creído los hombres justo y natural confiar á la superioridad moral la dirección de sus negocios, pero no se han avenido en las señales que caracterizan esta superioridad.

Se atrajeron primeramente su respeto y su fe el nacimiento, la sangre y la raza; pues un linaje es un sistema vivo, una sucesión hereditaria de cualidades naturales, que en la infancia de las sociedades, por su cohesión y continuidad no podia menos de adquirirse el poder. Por esto vemos que los germanos fueron á buscar sus reyes entre la nobleza de origen, *reges ex nobilitate*, que la Grecia primitiva cedió el mando á las familias antiguas, que estas fueron las que en Creta gozaron de los primeros destinos, que los Basíledes fueron poderosos en Eritrea, los Bacchiadas en Corinto, los Milétidas en Siracusa, los Aleuadas y los Scopadas en Tesalia.

Pero las castas se agotan, y cuantos mas años van teniendo menos en armonía están con el siglo que asiste á su decrepitud; por otra parte las sociedades cambiaron el signo de la superioridad moral, y al nacimiento sustituyeron los intereses positivos, la prosperidad actual, el dinero. Esta es, segun la espresion antigua, la timocracia. Fue poderosa en Cartago, y la fueron propicias las épocas de Solon y Servio Tullio. Por último, combinando el nacimiento, la fortuna, y algo del mérito personal, se produjo la verdadera aristocracia política.

Este principio ha sido la legítima aurora de las sociedades, puede gloriarse de haberlas comenzado, pero delinquirió queriendo detenerlas.

El patriciado abrió los cimientos de Roma, y después trató de estorbar sus progresos; entonces tuvo que pelear y fue vencido; el porvenir de la humanidad exigia su derrota.

La nobleza moderna, hija de las costumbres

germánicas, famosa por sus hazañas y temible por sus dominios, puso los cimientos de la Europa moderna; pero así que despuntaron los anhelos del espíritu humano, tomó una actitud hostil porque presente sin duda que la ciencia será su heredera.

Siempre que ha reinado solo el principio aristocrático, ha perecido súbitamente el estado que gobernaba, como le sucedería á un hombre privado del aire cuya vida no halla salida. Algunos nobles de Aquilea, que huyendo de los bárbaros se habian refugiado en un grupo de islas en la boca del Brenta, dieron principio á Venecia en el siglo V; por mucho tiempo no fue este pueblo mas que una municipalidad protegida por Constantinopla, de la que al cabo de tiempo se apoderó en union de los franceses. Gobernóse Venecia desde el siglo VII por un dux, que era juez y general á un tiempo, y que con el recurso de asociar á un hijo á su autoridad, podia ir proporcionando á su casa un poder hereditario. Pero por los años de 1032 se precisó al dux, desde entonces electivo, á aconsejarse de un cuerpo compuesto de los ciudadanos mas ilustres que él mismo convocaba. Este era el principio aristocrático que empezaba á arrinconar la unidad ducal. El siglo inmediato fue testigo de otra innovacion, la creacion del gran consejo compuesto de 480 ciudadanos sacados por igual de todos los barrios de la ciudad, elegidos anualmente no por el pueblo, sino por 12 electores llamados tribunos. Á principios del siglo XIII se atribuyó el gran consejo la facultad de nombrar los electores que debian renovarle, é influia con ello en la designacion de sus sucesores. El dux gobernaba entonces con seis consejeros de toga encarnada, que formaban la señoría y el consejo de los *pregadi*. Ya entonces trabajaba abiertamente la aristocracia por concentrar todo el poder en sus manos; el pueblo conoció que no era libre, quiso serlo y se reveló; pero fue vencido y su derrota remachó sus hierros. Vencedora la aristocracia, hizo los puestos del gran consejo hereditarios en las familias que habian pertenecido á él desde origen, abrió el libro de oro, condenó á la incapacidad política todos los nobles que no estuviesen allí alistados, y por último creó el consejo de los diez (1). La autoridad de este era dictatorial; anulaba las decisiones del senado,

(1) El consejo de los diez estaba compuesto de 17 miembros: los diez propiamente llamados, el dux y los seis consejeros de este.

trataba con las potencias extranjeras, arrancaba del conocimiento de la *cuarentia* criminal los juicios sobre negocios de estado, y sobre algunos crímenes notables. Aun no creía con todo esto la aristocracia bastante afirmado su poder, é ideó los tres inquisidores de estado; su oficio consistía en tener espías, llamados observadores, entre la nobleza, los ciudadanos, los gremios populares, y las órdenes religiosas; se reunían el día siguiente al de las elecciones de magistrados para el gran consejo, examinaban la reputacion y fortuna de cada uno, y ponían asechanzas á los que juzgaban sospechosos. Las ejecuciones nunca eran públicas, pues al condenado se le arrojaba en el canal Orfano. Si alguna vez sucedía que en el consejo ó en el senado hablaba un noble y no se limitaba al objeto de la discusion, perdía la palabra; si atacaba la autoridad de los diez, se le dejaba hablar, pero acabada la sesion se le prendía, juzgaba y condenaba. Se encargaba por dos veces la circunspeccion al noble descontento, pero si con todo seguía exhalando su resentimiento se le enviaba al canal como incorregible. El desterrado por algun delito de estado podía alcanzar indulto si denunciaba ó entregaba otro criminal; la delacion era la virtud de Venecia. Contestando Fr. Paolo á una consulta del gobierno de S. Marcos, le aconsejaba que reconcentrase cada vez mas la autoridad en el senado, y sobre todo en el consejo de los diez: el gran consejo, decia, tiene algo de popular; queria que se circunscribiese la jurisdiccion de las *cuarentias*, y que los nobles no fuesen condenados á muerte, especialmente pública, cuando lo mismo valia la prision perpetua ó la muerte oculta: y en cuanto á la justicia, ¿es esta mas que lo útil al estado (1)? Al fin esta deforme máquina fue demolida ¡sancion admirable! por un sacudimiento de la revolucion francesa, y el leon valetudinario de S. Marcos vino á espirar á los pies del general Bonaparte. Canten hoy á Venecia los poetas y novelistas, ofrezca todavía al extranjero las misteriosas locuras de su carnaval, pero nunca espere desarmar la severidad del género humano, que en ninguna parte ha hallado mas corrupcion y mas crueldades.

(1) La constitucion de Venecia estaba organizada de este modo: El gran consejo.—El senado.—El colegio de los sabios, compuesto de 26 personas, el dux y seis consejeros, los tres presidentes de las *cuarentias* y los 16 sabios.—La señoría.—El dux.—Las tres *cuarentias*, civil nueva, civil vieja, criminal.—El consejo de los diez.—Los inquisidores de estado.

La vieja aristocracia huye murmurando del espíritu humano: mas hábil en Inglaterra que en otro pueblo, aun medita acaso una insensata resistencia. En Francia no supieron manejarse con ella Robespierre y Napoleon, el uno quiso esterminarla, el otro procuró atraerla; error en ambos. Ni debe proscribirse ni adularse á lo pasado. ¿Por ventura no tiene el siglo bastante fuerza para atraérselo todo á sí naturalmente? Déje de confiar la superioridad política y moral á la antigüedad del linaje, cédala al mérito, al talento, á la virtud, al genio, y no tardará el día en que todos se crean con sobrada nobleza para servir á su patria con desinterés.

### X.

¿En qué época empieza realmente el interés de la historia? Con la del principio del hombre mismo y de la sociabilidad. La solidaridad de esta no sufre que los destinos del género humano se desmembren arbitrariamente. Esta herencia es verdaderamente indivisible. Nada mas ruin, nada mas estéril que dividir la historia, declarando que solo en tal época, en una era determinada han empezado para el género humano la grandeza y la verdad. Las ideas son contemporáneas del mundo, y así por el sincronismo de su existencia como por la sucesion de sus progresos forman la indestructible trama de la humanidad.

Es cosa digna de notarse que los grandes sucesos de la historia se realizan en diversos lugares á un mismo tiempo: mientras que Moisés busca la Palestina, Cecrops corre al Ática, Deucalion se establece sobre el Parnaso, Cadmo se traslada de Fenicia á Tebas, Danao arriba á Argos, y Dárdano está sobre el Hellesponto (1). Emigraciones aventureras y heroicas que habian de producir naciones ilustres y sedentarias.

Así asomaba á la vida lentamente, y en una trabajosa oscuridad esa Grecia destinada á brillar tan en breve, y á sacar á las ideas de su encierro, como á los Flores del cáliz, para mostrar á la humanidad su completa y radiosa florecencia. Todo lo hallareis en esa Grecia, ella os ofrecerá muestra de todos los ingenios. Si os enamora mas la razon práctica que la especulativa, no le faltan hombres que piensan en la sociedad, llamados sabios porque son sensatos y útiles; Bias, Periandro, Solon y Cleó-

(1) Véase el discurso de Cubier sobre las revoluciones de la faz del globo.

bulo. Si os aficionan mas las abstracciones y las ideas de la inteligencia, seguid á Pitágoras, Parménides, Anaxágoras, Platon y Aristóteles: prosternaos ante Sócrates, ese mártir de la razon, que podia decir al mundo, como el Prometeo de Eschilo, el Cristo rebelado del politeismo: «mira la injusta pasion que estoy sufriendo.»

Bajo de pompas risueñas oculta la religion todas las profundidades de la tradicion y del pensamiento; la elocuencia no es indigna de levantar su tribuna junto á las olas del mar; la poesia arrebatada á los modernos la prioridad de la tristeza y de la melancolia, modula los primeros cantos de la epopeya de la humanidad, sublima la oda á una altura inaccesible, abre el teatro como escuela de la vida, y sus maestros casi no han hallado rivales en dos mil años: Tucídides iguala la gravedad de la historia á la gravedad de los sucesos: Callímaco, Miron, Polyeleto y Fidias levantan templos, morada digna de los dioses, y estatuas que divinizan á los hombres. ¿Quiénes son pues esos griegos? ¿Qué es ese pueblo de Dios, esa tierra privilegiada, esa tierra de promision? ¿Por qué mas que en otra parte hay alli tanto genio, felicidad y belleza?

Bañados dos lados del Ática por el mar, y enlazada con el Peloponeso por el istmo de Corinto, brindaba á la actividad humana con un teatro franco, aunque reducido, que próximo al Asia, no participaba del genio fanático de las sociedades del Norte. Tres son las épocas de su antigua historia, la época pelásgica, la época cecrópica y la época jónica. La época pelásgica es la de los diluvios y de las emigraciones, hechos sobre los que no podemos mas que conjeturar. Refiere la tradicion que Cecrops llevó á los atenienses desde Sais los principios de la sociabilidad, el respeto de los dioses y de los muertos, la monogamia y la justicia: les enseñó á Júpiter que era la unidad, Neptuno que era el mar, y Minerva que era el pensamiento. Tras de Cecrops llegó Erecteo, inventor, segun se cuenta, de la agricultura; de esta suerte en una misma época tenian los hombres pan y leyes; época en que el Ática se iba ordenando auxiliada de algunas inspiraciones egipcias, en que su vida indigena recibia una impulsión exótica, motivo por el que se atribuian á Cecrops dos naturalezas; eran el Egipto y la Grecia, el Oriente y la Europa, que abrian esa union que hoy continuamos. Tesco es el titular de la época jónica, tiempo de emancipacion y de libertad, en que el Ática empe-

zó á distinguirse del Peloponeso de una manera hostil. Cuando Cecrops los habitantes del Ática se clasificaban en sacerdotes, nobles, artesanos y labradores; en la época de Tesco ya desaparecen los sacerdotes, era el tiempo en que los atenienses labraban su unidad política y nacional.

Las instituciones desde entonces se fueron acomodando á los medros de la sociedad misma; en seguida de Dracon, que no acertó á hallar el genio en la crueldad, apareció un hombre amable é inteligente, buen autor de leyes y versos, espíritu feliz y estenso, naturalmente moderado y fácilmente grande. Solon arruinó el imperio de la aristocracia de sangre, y sin edificar una democracia pura, constituyó una especie de gobierno templado que á impulsos de Clístenes se inclinó despues hácia el pueblo.

Tres representantes contó la democracia ateniense despues de Solon y Clístenes; Temístocles, Pericles y Alcibiades. Intentó Temístocles conquistar para Atenas, cuyo genio marítimo adivinaba, el imperio del mar, la obligó á abandonar sus murallas para pasearse sobre los mares. La recobró en su seno y la restituyó á nuevos baluartes, que se alzaron á despecho de Lacedemonia, dando así dos veces la gloria y la vida á su cara é ingrata patria. Pericles solo trató de conservar en vez de conquistar, de reducir á Esparta á un segundo papel valiéndose cuerdate de una guerra sostenida, de poner la gloria alcanzada bajo la tutela de una moderacion no desmentida. Alcibiades nada intentó; sin plan ni reflexion volaba á la gloria como á una fiesta; el mas galan y aturdido de los jóvenes, gozaba sin discrecion de los favores de la naturaleza y del pueblo, idolatrado y condenado por los atenienses, queriendo vengarse, y amándolos siempre, reducido por su locura á no poder salvarlos despues de haberlos metido en una empresa temeraria, sucumbiendo con ánimo bajo la flecha pérfida del persa, atravesó la celebridad sin tropezar con la verdadera gloria, harto ligero para poder ser muy grande.

La influencia aristocrática se ejercia en Atenas por el Areopago, que velaba sobre la educacion, la religion y las costumbres; la influencia timocrática, por el senado, reunion de 500 ciudadanos elegidos anualmente, encargado del gobierno y de la administracion; la influencia democrática, por la asamblea popular, que se reunia cuatro veces en 36 dias, para examinar la conducta de los generales y magistrados, y

adoptar las leyes propuestas por sus hombres de estado y sus oradores.

¿Por qué admirarnos de que la democracia ateniense cometiese faltas y durase poco? Era la vez primera que la libertad aparecía; pudo estraviarse y andar sin tino, pero era un ensayo, y el espíritu humano se desenfrenó con el ardor de su actividad. La filosofía produjo sofistas, la elocuencia retóricos, la democracia demagogos ¡ fatales alumbramientos! pero ni los retóricos, ni los sofistas, ni los demagogos son capaces de desconcepcionar la elocuencia, la filosofía y la libertad.

La Italia no se contentó con servir de escena á Mario y Síla, é intervino con bastante esfuerzo en los primeros movimientos de la democracia moderna. En la verdadera edad media la vida republicana de las ciudades de Normandía y de Toscana era una mezcla del estado moderno y de algunas reminiscencias de la antigüedad; en sus constituciones no se halla la idea representativa; Milan, Pisa y Genova tienen consules y senados. Á mediados del siglo XIV vió Roma aparecer en medio del foro, cuajado de ilustres ruinas, la antigua imágen de la república. El hijo de un tabernero y de una lavandera, acalorado por la lectura de Tito Livio, trasladó al alma del pueblo su entusiasmo, fundó lo que él llamaba *el buen estado*, gobernó con el nombre de tribuno, y alcanzó ser cantado por Petrarca. Pero el alma de Colás Rienzi era un alma vulgar, que casualmente se había empeñado en tan noble asunto; atormentado de ridícula vanidad, se hizo nombrar por los nobles; privado de espíritu y de esfuerzo no se supo sostener en Roma contra los Colonna y los Ursinos, anduvo errante por Italia, Alemania y Boemia; por último, prisionero del papa en Aviñon, no recibió del diestro Inocencio IV la muerte, sino el título de senador. ¿Qué era lo que faltaba á este demócrata? Ya era caballero, despues murió bajo el desprecio y el puñal del pueblo.

El comercio y la industria eran las bases de la constitucion de Florencia (1), y de tal modo fue en el siglo XIII el triunfo de la democracia que para adquirir la aptitud política tenían los nobles que inscribirse en alguna de las artes. En el siglo siguiente se abrió en Florencia una nueva aristocracia timocrática, cuya insolencia obligó al pueblo á desear una dictadura, y entonces las olas populares subieron á los Mé-

dicis á la cima del poder. El que noblemente ejerció esta familia fue provechoso al espíritu humano, que continuó sus progresos sobre las ruinas de la edad media. Mas, ¿quién es ese acalorado tribuno, que contemporáneo de Machiavelo aun se figura en los años del Dante? Es un fraile, porque los frailes son excelentes tribunos, un religioso dominicano que en las iglesias de Florencia predica el temor de Dios, el amor de la libertad y la igualdad de derechos. Alejandro VI se enfurece con estos gritos de reforma, los florentinos defienden á su Savonarola, pero un franciscano celoso del brillo que aquel reflejaba en la órden de Santo Domingo, le propone, para dar prueba de la falsedad de sus doctrinas, el entrar ambos en una hoguera. Semejante proposicion agradó escisivamente al pueblo deseoso de ver como saldría Savonarola de este apuro. Un discípulo fanático alzó el guante por su maestro y ofreció entrar en el fuego un día señalado; presentóse en efecto con la eucaristía en la mano, oponiendo un Dios á la muerte. Esclamaron los franciscanos que aquello era un sacrilegio; gastóse en disputas todo el día y afortunadamente al caer de la tarde un furioso aguacero dispersó la reunion, precisando á los florentinos á retirarse mal contentos, pero bien mojados. Algun tiempo despues Savonarola fue quemado, abandonado ya del pueblo.

El tiempo ha dado un paso; la edad media solo es ya un recuerdo, los imperios y las ideas se han desenvuelto á la par, y la libertad, consecuencia de la filosofía, ha cruzado los mares señoreando vastos territorios. El gobierno representativo dejó de ser exclusivamente inglés, haciéndose americano; no contento con modificar una monarquía, quiere fundamentar una república; sin tronos, nobleza ni clero que demoler, sin otro escollo que la misma inmensidad de su teatro, trabaja por arraigar una unidad ideal en medio de los veinte y cuatro estados que declara moralmente unidos. Si la unidad americana subsiste, será su duracion mas gloriosa, mas digna de admiracion que la unidad de la teocracia italiana. Largas distancias nos separan de la América para hablar de ella con oportunidad; solo diremos que al parecer se halla oprimida por la aristocracia del dinero, que hay choque entre las ambiciones corruptoras de una riqueza inmoderada y el laborioso orgullo de la democracia, pero esta parece tambien que puede blasonar de la superioridad del talento y de sus servicios. Jacson ha turbado la uniformidad del carácter ameri-

(1) Véase la nota que esta al fin.

cano con sus pasiones obstinadas, fuertes y brillantes. En sus mismas agitaciones hallará la América la originalidad y la grandeza que la falta.

— La inteligencia y el trabajo son las dos bases de la democracia moderna, sea inglesa, americana ó francesa. No es, como la antigua, el poder de una minoría que sujeta y pesa sobre los no ciudadanos valiéndose de la esclavitud y de la fuerza; su ley es la igualdad, es universal como el pensamiento, infinita como el mar, invencible como el porvenir, es lo mas activo, lo mas puro, lo mas sagrado de la misma humanidad.

## XI.

— Habiendo recorrido la historia bajo la guía de ciertos principios directores, la razón del método exige que nos recojamos despues de este viaje de nuestras exploraciones históricas, para averiguar cuáles son en este siglo las mas exactas nociones relativas á la sociabilidad humana, que espera de la inteligencia la regla de su conducta y de su destino. A este gobierno de la inteligencia le hemos llamado *noocracia*, por amor á la brevedad. No se tema que tratemos ahora de formar una constitución, solo buscamos alguna de las principales condiciones de la vida social.

La mejor manifestacion del derecho está en la sociedad misma, y su origen en la inteligencia del hombre. No puede admitirse una distincion entre el derecho social y el derecho natural; se hará por una abstraccion pasajera, pero si se trata de convertirla en una entidad, es entonces falsa y funesta á la causa de la verdad.

— La ley del derecho social es el movimiento, condicion universal de cuanto vive y existe. Esta idea bien entendida es la raiz de una nueva teoría del derecho.

El derecho humano, social ó natural, tiene la unidad y la movilidad de la humanidad. La inteligencia humana erige métodos que luego abandona, abraza formas de ideas y las desecha; perecen estos métodos estas formas, pero no la inteligencia humana. Del mismo modo los derechos, formas históricas del derecho humano, pueden extinguirse, pero el derecho humano subsiste siempre. ¿Y cuándo perecen esos derechos? Cuando la inteligencia los abandona, cuando no los habita la idea viva. Los dioses han salido y los hombres no hallan motivo para obedecer.

Eso son las mismas revoluciones; una rauidosa proclamacion de la muerte de ciertos dere-

chos, y no desaparecerán sino cuando las instituciones espresen la movilidad natural del derecho humano.

Las leyes son hijas de las costumbres y de las ideas. Lo mismo que el hombre necesita la sociedad conocerse á sí misma; para esto son precisas instituciones que la instruyan de sus costumbres, cosa de que carecemos en los imperios modernos, y por eso vivimos sin conocernos recíprocamente unos á otros. ¿Por qué, pues, no se ha de organizar la conciencia del país?

Jamás será sobrado el trabajo que se emplee en las ideas antes de encargárselas la direccion del estado: luego ¿por qué no han de tener una representacion, una tribuna en la que se discutan antes de llegar á ser leyes? No hablo de esas academias estériles, que con su silencio se escapan de la crítica, y que rechazan como novedades culpables el movimiento, la luz y la vida. La nacion debe asistir por la publicidad á esos debates de la inteligencia, á esos concilios del pensamiento; será á la par su discípulo y su juez, y por este medio se organizará la filosofía del país.

Conocidas entonces las costumbres y bien elaboradas las ideas, la ley es posible: cuanto mas lenta haya sido su preparacion, mejor podrá hacerse sencilla y una; debe acuñársela de un solo golpe como una medalla inmortal. La ley está sujeta á las mismas condiciones que las demas producciones del genio humano, necesita unidad por consiguiente, y por eso el legislador no ha de ser doble, sino uno, inteligente y que represente sobre todo el valor moral. Entre las muchas preocupaciones que nos ha legado la feudalidad y la edad media, es una la de contar á la propiedad territorial como único signo de la habilidad legislativa.

— Por cima del legislador no debe encontrarse mas que la ley, y solo tener iguales á su lado.

Las leyes han de ser fuertes, pero móviles, fijando en esta perfecta movilidad, y no en un tema de duracion eterna, la razón del respeto que se vinculan. El pueblo que renunciase á perfeccionar su constitucion se parecería al hombre que renunciase á mejorar su conducta.

(Se concluirá.)

SALAMANCA:

IMPRENTA DE MORAN.